

# GALLEGOS EN LA HABANA

EN 1879 EL CENTRO TENIA 61 SOCIOS Y 3.000 PESOS DE «DEFICIT»  
EN 1950, 52.000 SOCIOS Y 1.500.000 DOLARES DE PRESUPUESTO ANUAL

Por RAMON FERNANDEZ MATO

DENTRO de un rico marco de plata que tiende a ensanchar la trascendencia del diploma como los lambréquines parecen prolongar la gloria que se encierra en el jeroglífico heráldico del blasón, el Centro Gallego de La Habana conserva y exhibe el título de Muy Ilustre que le fué concedido por Alfonso XIII.

Ese calificativo de dignidad es, innegablemente, justo y merecidísimo, pero se nos antoja poco expresivo o, mejor aún, aparentemente discordante con su historia, porque el Centro Gallego, si estamos a la primera acepción de «ilustre», no procede «de distinguida prosapia, casa u origen», sino que arranca de estratos humildes, de gleba oscura, que hace más sorprendente y ejemplar su victorioso desarrollo. El 12 de octubre del año 1879, fecha genitiva en el calendario de España, un artículo de don Waldo Alvarez Insúa, director del «Eco de Galicia» y padre del novelista Alberto Insúa, lanzó desde ese periódico la idea de crear un Ateneo Gallego en La Habana. La iniciativa cae en la colonia gallega como tizón en pajar, y el 23 de noviembre, en el Teatro Tacón, precisamente en el lugar donde hoy se alza el soberbio palacio del Centro, se reúne un puñado de gallegos fervientes que acuerda crear la institución que hoy es gala y provecho de Cuba y prez de España.

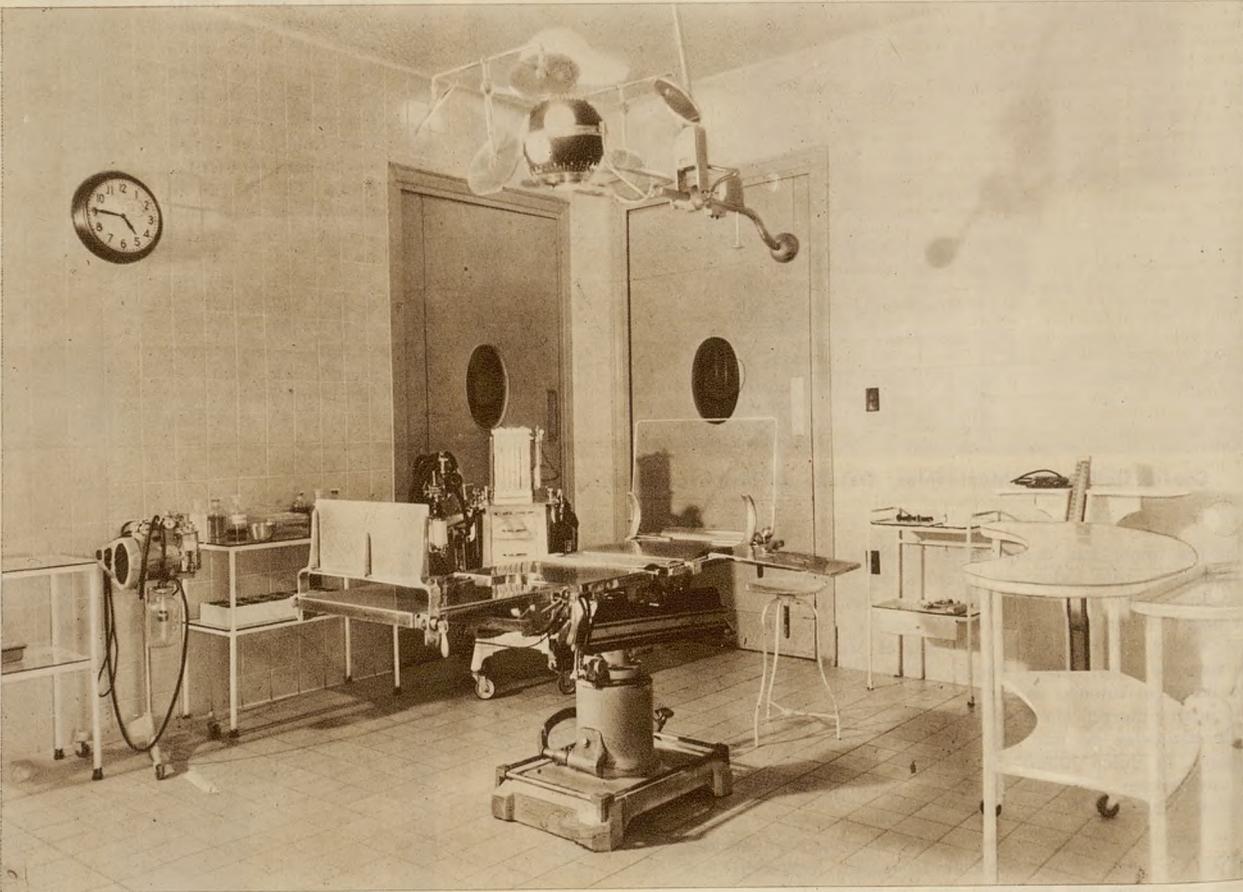
En realidad, la hermosa empresa había vivido de modo larvario en el alma de los gallegos de La Habana desde el instante en que, años atrás, se creaba la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia, que no sólo perdura, sino que ostenta hoy los más altos niveles de pujanza y mérito en su magnífica y munífica misión de caridad, merced a la inmensa abnegación de sus regidores.

En el discurso inaugural, el vocal de la Mesa Provisional, don Serafín Sabucedo Varela, de espaldas al barroco compostelano y de cara a la sobriedad megalítica del dolmen, decanta en palabras fundamentales lo que había de ser el alma inalterable de la gran obra: «Todo, todo lo podemos conseguir nosotros solos, puesto que no nos falta ningún elemento; sólo la asociación, la unión, la honradez proverbial, unidas a la actividad y al trabajo, serán capaces de traernos felicidad y bienandanza.»

Al año siguiente, en 1880, el Centro Gallego de La Habana contaba con «setecientos trece socios; hoy tiene cincuenta y dos mil».

Del alquiler de «doce onzas» se pasó a adquirir las magníficas propiedades que, al presente y ateniéndonos a lo que costaron y no a lo que en realidad acreció su valor, representan «cuatro millones de dólares».

En lo que pudiéramos llamar yema o cogollo de La Habana, el palacio del Centro Gallego, que tiene al lado el alarde monumental del Capitolio, es, acaso, y sin acaso, el edificio arquitectónicamente más bello de la ciudad. Los emigrantes gallegos, que,



Arriba: Los numerosos pabellones de «La Benéfica», rodeados de jardín.—Abajo: Una de las salas de cirugía de «La Unidad Quirúrgica».



Un suntuoso aspecto del interior del edificio social.



Don Narciso M. Rodríguez. Presidente.



Don Ramón del Campo. Vicepte.



Don José Fernández Mayo. Vicepte.



D. Antonio M. Souto. Pte. de honor.



Don Juan Varela. Pte. de honor.

mientras navegaba el «ave negro vapor» de Curros Enríquez que los traía, fueron guardando dentro del corazón el valle, la ría, la iglesia y la era, la familia y hasta el habla, con ese pudor mate y enérgico de la «saudade», que en nosotros no es una merma vital sino una fuerza, tienen un palacio gallardo y suntuoso que irradia señorío y en el que no se descubre nada advenedizo.

En este palacio está incluido el Teatro Nacional, y los asociados disponen de salas para sus recreos lícitos, espléndida biblioteca, que preside la efigie en bronce del esclarecido don Eugenio Mañach, y en cuyos muros los retratos al óleo de los grandes prestigios intelectuales de Galicia integran una iconoteca reverencial; pero las dos excelencias intefinas del palacio radican en el gran salón de fiestas, uno de los más hermosos de América, y en las inúmeras Secretarías, allí domiciliadas, de las meritisimas Sociedades gallegas de instrucción. En el gran salón, que tiene las dimensiones en ángulo de dos lados totales de la cuadra que el edificio ocupa, además de las fiestas habituales del Centro se celebran frecuentemente exposiciones de arte, veladas teatrales y musicales, etc. No es raro que ese salón soberbio sea frecuentemente solicitado por el Gobierno para Congresos y actos oficiales, Asambleas, etcétera.

En cuanto a las Sociedades de instrucción, no nos perdonaríamos jamás el no encarecer aquí la admirable, abnegada y fecundísima labor que, robando horas al descanso y sacrificando el personal peculio, desarrollan estas minúsculas y a la vez grandiosas fraguas donde el amor y la fidelidad al rincón natal han realizado y realizan una obra ferventísima sembrando de escuelas la tierra gallega, generosa réplica y noble perdón a la penuria educativa en que los miembros de estas células luminosas tuvieron que partir hacia la emigración, neto apólogo del hacha y el sándalo.

«La Benéfica» es un gran núcleo de hospitalización, con pabellones soberbios dotados de todos los elementos modernos de que la ciencia dispone. Cuarenta y cinco médicos de alta competencia, distribuidos en especialidades que abarcan todos los campos de la medicina, atienden las diecisiete salas del sanatorio. Ciento veinte enfermeros asisten a los hospitalizados. Un promedio de 600 enfermos son atendidos diariamente. La cirugía cuenta con un edificio modelo de cinco plantas, con cinco salas de operaciones asimismo especializadas. Esta «Unidad Quirúrgica» es una de las más sobresalientes de toda la América española.

La visita domiciliaria a socios enfermos que permanecen en sus casas alcanza a más de 500 por día.

Rayos X, diatermia, luz alpina, efluvios, metabolismo basal, electrocardiogramas, radiografías, fluoroscopias, análisis, pruebas intradérmicas, química sanguínea, balneoterapia..., es decir, todo cuanto los más avanzados progresos clínicos ponen al servicio del paciente se les brinda a los asociados con amplitud ilimitada. La farmacia social, cabalmente surtida, colma todos los tratamientos; los odontólogos prestan cotidianamente sus valiosos servicios y en el quiropedista se cierra este gran friso de asistencia médica.

Y aun queda para la más enternecida alabanza el «hogar»—no podría llevar otro nombre—, donde los asociados que por su avanzada edad y por carecer de recursos sin él morirían en el desamparo más amargo, hallan cobijo y atención preferentes, intensificándose y acendrándose en torno suyo la profunda emoción de hermandad y misericordia que envuelve a «La Benéfica».

La primitiva mansión social, asimismo situada en el corazón de la capital, está consagrada a la educación. En el plantel «Concepción Arenal», además de la enseñanza primaria, se estudia Comercio, Secretariado, Inglés, Taquigrafía, Mecanografía, clases especiales y costura y bordado para hijos y familiares de socios. La matrícula se reduce a 15 pesos anuales, y 1.500 alumnos llenan las aulas en las tres sesiones escolares de mañana, tarde y noche.

En estos servicios a la educación hay que incluir las Bellas Artes, que son enseñadas con tal celo y perfección, que el Estado da validez académica a los títulos allí obtenidos. Pintura, escultura, modelado, dibujo, música, declamación, etc., son las facetas artísticas que pulen profesores de notoria competencia.

Y aun el Centro Gallego de La Habana tiene vitalidad suficiente para, al otro extremo de la isla, en la segunda ciudad de la República, Santiago de Cuba, mantener un sanatorio con diez salas, veintidós médicos y presupuesto autónomo. Además, sesenta delegaciones con su médico al frente se derraman por las principales urbes del territorio.

Esta es la asombrosa empresa que hace ochenta años iniciaron sesenta y un emigrantes gallegos.

Hoy, el Centro Gallego de La Habana, con su presupuesto anual de millón y medio de dólares y una nómina al mes para el personal de 71.000, no es un neblinoso fumadero de melancolías inertes, sino una vivaz presencia de la España impercedera y creadora en las tierras donde ya no tienen directa acción «el valor de sus guerreros, el ardor de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus «abios», que cantó, en considerandos de oro, el decreto inmarcesible de Hipólito Irigoyen.

Perduró y subsiste, sí, «la labor de sus menestrales», que, dando un ejemplo de unidad, perseverancia y superación, llevaron a cabo esta epopeya del bien, este milagro de la mutualidad, porque cosa mirífica es que todo lo aquí enumerado y narrado un poco a la diábala, por la premura, tenga por única sustentación económica la cuota increíble de «dos pesos y medio anuales», con los que no se alcanza a comprar una camisa de mediana calidad.

¡Ah!, pero el portento tiene hermenéutica ser-



cilla: a la cabeza de esos cincuenta y dos mil socios, masa en la que ya el cubano está en proporción grande para que se pueda deducir de este fenómeno de segura aglutinación el gran servicio prestado a los intereses históricos y espirituales de España, están unos pilotos dignos de admiración por sus sacrificios y su entusiasmo. Ellos no ejercen esa filantropía sibirítica y muchas veces publicitaria que se reduce a la firma de un cheque. Los directivos del Centro Gallego, como los de las entidades hermanas, son hombres de prestigio y, casi sin excepción, personalidades de vida activa en el mundo de los negocios.

Su filantropía no sólo es pura, sino heroica, puesto que entregan gran parte de su tiempo, perdiendo pingües beneficios, a administrar con escrupulosidad absoluta estas grandes organizaciones mutualistas, que son prestigio de España y orgullo de América.

No es caridad de urgencia, instantánea, vistosa y cómoda, sino servicio tenaz y cuidadoso, dura fatiga diaria, generosidad permanente y vigilante. Es el altruismo del timón inmerso y de la silenciosa brújula fiel que dan su gran rendimiento guaiador sin originar dispendio ni recibir paga; es la efectiva jerarquía funcional del eje y no la vanguardia cortical de la carrocería.

Pudo Mauricio Maeterlinck hacerse un turbante de miasmas con esta frase de evidente derrotismo moral: «Los hombres, como las montañas, sólo se unen por la parte más baja.»

¡Ah, no! Estos hombres se unen por la parte más alta: por el amor al prójimo, que es lo que manda Dios, y por el amor a la Patria, que es lo que pide el honor. Por eso, al llegar, como ahora, la gran festividad del Santo Apóstol, la entrañada emoción española de estos gallegos se enciende en la evocación épica del jinete blanco de Clavijo y la intacta solera de su fervor les hace peregrinos imaginativos por la calzada celeste del camino de Santiago. El Centro Gallego abre su capilla bajo unas palmeras a las que se enredan tercas nostalgias de pinos y castaños, y en los salones de su palacio las lámparas profanas adquieren una significación votiva, mientras la comedia, la elocuencia y la melodía queman su incienso de solemnidad y recuerdo.

San Cristóbal de La Habana. Mes de Santiago. Año Santo de 1950.

Arriba: El magnífico edificio del Centro Gallego de La Habana.—En medio: «La Unidad Quirúrgica», de «La Benéfica».—Abajo: Puerta principal de acceso a «La Benéfica», el gran sanatorio gallego, conocido por el nombre popular de «La Quinta».



Don Angel Pérez Coune. Tesorero.



Don Cayetano García. Pte. de honor.